

El jardín

Otra noche que no pudo dormir. Ese estúpido médico que visitó había sido una pérdida de tiempo. Se sinceró, y él solo le recetó pastillas para dormir y con media sonrisa le dijo:

- Marta, la envidia se puede convertir en una enfermedad, te aconsejo que consultes con un psicólogo.

Qué sabría él. La envidia no era una enfermedad, solo el sentimiento de una mujer ambiciosa. Tenía un objetivo que cumplir y no se iba a rendir.

Era una tortura salir de casa, día tras día y mirar a la izquierda o a la derecha, siempre la misma odiosa imagen. Ella y Luis llevaban seis meses casados, tenían una preciosa casa a las afueras de Madrid, en una urbanización solo para unos pocos privilegiados. Lo mejor de la casa era aquel enorme jardín. Nunca pensó que aquel trozo de tierra le daría tantos quebraderos de cabeza.

La señora Lucía vivía a su derecha. Era una mujer mayor y cordial que siempre sonreía al saludar a Marta. Su jardín era en tonos pastel, lleno de todo tipo de flores y plantas todas en armonía y consonancia, colores suaves y en el centro de aquel precioso jardín había una fuente de piedra con cuatro angelitos llorando agua. Cada angelito parecía esculpido por Miguel Ángel. Cada vez que Marta salía a su porche miraba hacia la derecha y creía oír a las flores y angelitos reírse de ella.

A su izquierda vivía Carmen, por su aspecto rondaría los cincuenta, era delgada y algo tímida. Solía llevar un coqueto sombrero de paja, guantes de jardinería y botas de agua. Marta sabía cuándo Carmen estaba trabajando en el jardín por su canturreo peculiar, ese tarareo que a ella le crispaba los nervios. El jardín de Carmen estaba compuesto por toda clase de árboles frutales: manzanos, naranjos, limoneros, cerezos... todo tipo de frutos. Cada vez que salía el sol brillaban como la plata y podían olerse desde su casa. También tenía un estanque artificial con distintas alturas de cascadas, y muchos peces de colores que nadaban en aquel estanque con nenúfares flotando.

Si para ella era duro mirar a la derecha, la izquierda era aún peor.

Marta lo intentó todo. Por las noches registraba en la basura de Lucía y Carmen intentando encontrara alguna pista, pero nada. Contrató a un jardinero, pero no dio resultado. Encargó tierra de la Selva Negra, compró fertilizantes alemanes, abonos de Tailandia, encargó agua del río Jordán, les leía versos de Machado acompañados de fondo con la melodía de la quinta estación de Beethoven, hablaba con ellas, les suplicaba, incluso llegó a llorar, pero eran unas ingratas, todo lo que plantaba se marchitaba.

Cada año se celebraba en aquella urbanización, que era como una pequeña ciudad donde todos se conocían, un concurso de jardines. A él acudían como jurado lo mejor de Madrid, la Duquesa de León, la Marquesa de Linares, la prima segunda del Rey Rosario Conde, el alcalde de Madrid, los concejales más destacados y diversa prensa. Visitaban los jardines, otorgaban la regadera de plata al mejor jardín y preparaban un cóctel en honor al ganador en el club privado de tenis, donde la prensa entrevistaba al ganador. Ella ansiaba ganar a costa de lo que fuera.

Un día mientras desayunaba vio un anuncio en el periódico que le llamó la atención. Era una floristería oriental que aseguraba tener las flores y plantas más bonitas y duraderas del país. Así que Marta llamó a un taxi, cogió el bolso, sus gafas de sol y le dijo la dirección al taxista.

El taxi aparcó delante de la puerta de aquel sitio, no era una floristería normal. Marta entró y vio un altar lleno de velas con la imagen de Buda, el olor a incienso era muy denso. Sintió curiosidad y se adentró en la tienda hasta llegar a un patio lleno de luz con flores y plantas. Eran impresionantes, jamás había visto flores tan vivas.

Le recibió una señora bastante mayor, no sabía decir su edad, con los ojos rasgados y pequeños, pero a Marta le transmitía sabiduría y confianza. Ella le contó a la anciana su problema y la mujer la escuchó en silencio. Cuando Marta terminó, la anciana se aproximó y en un pequeño susurro le dijo:

- Riega todas las noches tus plantas con un chorrillo de sangre humana.

Marta abrió mucho los ojos, no podía creer lo que le había dicho, pero sabía que lo haría y lo hizo.

A partir de entonces todo fue sobre ruedas. Jamás pensó que sería tan dichosa, era un sueño. Todo el mundo se detenía delante de su jardín para contemplarlo y admirarlo. El jardín era como el paraíso prohibido de Adán y Eva, hasta Luis se sentía orgulloso y contento, sin saber que él era la clave de su éxito.

Todas las noches su marido regresaba del trabajo. Marta lo recibía con una sonrisa y un beso, después preparaba la cena y añadía al plato de Luis su ingrediente secreto, esas pastillas que le mandó el médico a ella para dormir. Él cada noche dormía plácidamente sin saber que ella le extraía una pequeña dosis de sangre para su jardín, pero Marta era ambiciosa y cada noche le extraía un poquito más.

Llegó el día tan esperado. Marta se acicaló, falda de tubo beis, blusa de raso, perlas de marfil, zapatos color maquillaje, brillo de labios, pelo recogido y sonrisa dulce e infantil. Parecía el ama de casa y esposa perfecta.

Sin ninguna duda, Marta ganó. Se sentía eufórica, aunque lo disimulaba muy bien, había ensayado ese momento delante del espejo una y otra vez. Después de dar las gracias a todos entró en casa, subió a su dormitorio para coger su bolso de mano y lo vio.

Él estaba en la cama. No se había levantado y era extraño. Lo miró y estaba pálido, entonces lo tocó y era como tocar un bloque de hielo. Luis estaba muerto.

Marta lo miró, se cruzó de brazos, frunció el ceño y dijo en voz alta:

- Cariño, siempre fuiste un aguafiestas.

Cerró la puerta de casa suavemente. Se colocó las gafas de sol, alisó su falda con las palmas de las manos y caminó erguida y segura dirigiéndose al club de tenis para disfrutar de su fiesta, y mientras caminaba pensó en su traje color negro de Chanel que le sentaba de maravilla. Mañana sería la viuda más exquisita y desconsolada de toda la urbanización.

Fin.

Firmado: Doña Ironía.

Categoría adulta.